YO QUIERO SER CÓMICO

(Artículo)

MARIANO JOSE DE LARRA



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

No fuera yo Fígaro, ni tuviera esa travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, si no sacara a luz pública cierta visita que no ha muchos días tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillón, de estos que dan vueltas sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto por asemejarse en cierto modo a muchas gentes que conozco, y me hallaba en la mayor perplejidad sin saber cuál de mis numerosas apuntaciones elegiría para un artículo que me correspondía injerir aquel día en la Revista. Quería yo que fuese interesante sin ser mordaz, y conocía toda la dificultad de mi empeño, y, sobre todo, que fuese serio, porque no está siempre un hombre de buen humor, o de buen talante para comunicar el suyo a los demás. No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y, por consiguiente, verídico; porque mientras yo no haga más que cumplir con las obligaciones de fiel cronista de los usos y costumbres de mi siglo, no se me podrá culpar de mal intencionado ni de amigo de buscar pendencias por una sátira más o menos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogería por más inocente, y no encontraba por cierto mucho que escoger, cuando me deparó felizmente la casualidad materia sobrada para un articulo al anunciarme mi criado a un joven que me quería hablar indispensablemente.

Pasó adelante el joven haciéndome una cortesía bastante zurda, como de hombre que necesita y estudiar en la fisonomía del que le ha de favorecer sus gustos e inclinaciones, o su humor del momento para conformarse prudentemente con él; y dando tormento a los tirantes y rudos músculos de su fisonomía para adoptar una especie de careta que desplegase a mi vista sentimientos mezclados de afecto y de deferencia, me dijo con voz forzadamente sumisa y cariñosa:

-¿Es usted el redactor llamado Fígaro?

-¿Qué tiene usted que mandarme?

-Vengo a pedirle un favor... ¡Cómo me gustan sus artículos de usted!

-Es claro... Si usted me necesita...

-Un favor de que depende mi vida acaso. ¡Soy un apasionado, un amigo de usted...!

-Por supuesto... siendo el favor de tanto interés para usted...

-Yo soy un joven...

-Lo presumo.

-Que quiero ser cómico, y dedicarme al teatro.

-¿AI teatro?

-Sí, señor... Como el teatro está cerrado ahora.

-Es la mejor ocasión.

-Como estamos en Cuaresma, y es la época de ajustar para la próxima temporada cómica, desearía que usted me recomendase...

-¡Bravo empeño! ¿A quién?

-Al Ayuntamiento.

-¡Hola! ¿Ajusta el Ayuntamiento?

-Es decir, a la Empresa.

-¡Ah! ¿Ajusta la Empresa?

-Le diré a usted... Según algunos, esto no se sabe...; pero... para cuando se sepa.

-En ese caso, no tiene usted prisa, porque nadie la tiene...

-Sin embargo..., como yo quiero ser cómico ...

-Cierto. ¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?

-¿Cómo? ¿Se necesita saber algo?

No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor...

-Por eso; yo no quisiera singularizarme; siempre es malo entrar con ese pie en una corporación. Ya le entiendo a usted; usted quisiera ser cómico aquí, y así será preciso examinarle por la pauta del país. ¿Sabe usted castellano?

Lo que usted ve... Para hablar, las gentes me tienden...

-Pero la gramática, y la propiedad, y . . .

-No, señor, no.

-Bien, ¡eso es muy bueno! Pero sabrá usted, desgraciadamente, el latín, y habrá estudiado humanidades, bellas letras...

-Perdone usted.

-Sabrá de memoria los poetas clásicos, y los comprenderá, y podrá verter sus ideas en las tablas. -Perdone usted, señor. Nada, nada. ¡Tan poco favor me hace usted! Que me caiga muerto aquí si he leído una sola línea de eso, ni he oído hablar tampoco.. . Mire usted...

-No jure usted. ¿Sabe usted pronunciar con afectación todas las letras de una palabra, y decir unas voces por otras, actitud por aptitud, y aptitud por actitud, diferencia por diferencia, háyamos por hayamos, drammático por dramático, y otras semejantes?

-Sí, señor, sí; todo eso digo yo.

-Perfectamente; me parece que sirve usted para el caso. ¿Aprendió usted Historia?

-No, señor; no sé lo que es.

-Por consiguiente, no sabrá usted lo que son trajes, ni épocas, ni caracteres históricos...

-Nada, nada, no, señor.

-Perfectamente.

-Le diré a usted... En cuanto a trajes, ya sé que en siendo muy antiguo, siempre a la romana.

-Esto es: aunque sea griego el asunto.

-Señor: si no es tan antiguo, a la antigua francesa o a la antigua española; según.. . ropilla, trusas, capacete, acuchillados, etc. Si es más moderno o del día, levita a la Utrilla en los calaveras, y polvos, casacón y media en los padres.

-¡Ah! ¡Ah! Muy bien.

-Además, eso en el ensayo general se le pregunta al galán o a la dama, según el sexo de cada uno que lo pregunta, y conforme a lo que ellos tienen en sus arcas, así...

-¡Bravo!

-Porque ellos suelen saberlo.

-¿Y cómo presentará usted un carácter histórico? -Mire usted; el papel lo dirá; luego como el muerto no se ha de tomar el trabajo de resucitar sólo para desmentirle a uno... Además, que parte del público suele estar tan enterada como nosotros.

-¡Ah! Ya... Usted sirve para el ejercicio. La figura es la que no...

-No es gran cosa; pero eso no es esencial.

-Y de educación, de modales y usos de sociedad, ¿a qué altura se halla usted?

-Mal; porque si voy a decir verdad, yo soy pobrecillo: yo era escribiente en una mala administración; me echaron por holgazán, y me quiero meter cómico; porque se me figura a mí que es oficio en que no hay nada que hacer...

-Y tiene usted razón.

-Todo lo hace el apunte, y... por consiguiente, no conozco esos señores usos de sociedad que usted dice, ni nunca traté a ninguno de ellos.

-Ni conocerá usted el mundo, ni el corazón humano.

-Escasamente.

-¿Y cómo representará usted tantos caracteres distintos?

-Le diré a usted: si hago de rey, de príncipe o de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro a mis compañeros, mandaré con mucho imperio...

-Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser muy afables y corteses, y como están acostumbrados, desde que nacen, a ser obedecidos a la menor indicación, mandan poco y sin dar gritos...

-Sí; pero ¡ya ve usted! En el teatro es otra cosa.

-Ya me hago cargo.

-Por ejemplo, si hago un papel de juez, aunque esté delante de señoras o en casa ajena, no me quitaré el sombrero, porque en el teatro la justicia está dispensada de tener crianza; daré fuertes golpes en el tablado con mi bastón de borlas, y pondré cara de caballo, como si los jueces no tuvieseis entrañas...

-No se puede hacer más.

-Si hago de delincuente, me haré el perseguido, porque en el teatro todos los reos son inocentes... -Muy bien.

-Si hago un papel de pícaro, que ahora está en boga, cejas arqueadas, cara pálida, voz ronca, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos. . . Si hago un calavera, muchos brincos y zapatetas, carreritas de pies y lengua, vueltas rápidas y habla ligera. . Si hago un barba, andaré a compás, como un juego de escarpias, me temblarán siempre las manos como perlático o descoyuntado; y aunque el papel no apunte más de cincuenta años, haré del tarato y decrépito, y apoyaré mucho la voz con intención marcada en la moraleja como quien dice a los espectadores: "Allá va esto para ustedes."

-¿Tiene usted grandes calvas para los barbas?

-¡Oh! Disformes; tengo una que me coge desde las narices hasta el colodrillo; bien que ésta la reservo para las grandes solemnidades. Pero aun para diario tengo otras, tales que no se me ve la cara con ellas.

-¿Y los graciosos?

-Esto es lo más fácil: estiraré mucho la pata, daré grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visajes y estupendas contorsiones que alcance, y saldré vestido de arlequín...

-Usted hará furor.

-¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa, y se hundirá la casa a aplausos. Y especialmente, en toda clase de papeles diré directamente al público todos los apartes, monólogos, gracias y parlamentos de intención o lucimiento que en el papel se presenten.

-¿Y memoria?

-No es cosa la que tengo; y aun ésa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Además, que eso es cuenta del apuntador. Si se descuida, se le lanza de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo a1 público: ¡Ven ustedes qué hombre!

-Esto es; de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta, y sacándole a usted la relación del cuerpo como una cinta. De esa manera, y hablando él altito, tiene el público el placer de oír a un mismo tiempo dos ejemplares de un mismo papel.

-Sí, señor; y, en fin, cuando uno no sabe su relación, se dice cualquier tontería, y el público se le ríe. ¡Es tan guapo el público! ¡Si usted viera!

-Ya sé, ¡ya!

-Vez hay que en una comedia en verso se añade un párrafo en prosa: pues ni lo nota ni menos se enfada. Así es que no hay nada más común que añadir...

-¡Ya se ve que hacen muy bien! Pues, señor, usted es cómico y bueno. ¿Usted ha representado anteriormente?

-¡Vaya! En comedias caseras... He alborotado con el García y el Delincuente honrado.

-No más, no más; le digo a usted que usted será cómico. Dígame usted, ¿sabrá usted hablar mal de los poetas y despreciarlos, aunque no los entienda; alabar las comedias por el lenguaje, aunque no sepa lo que es, o por el verso, más que no entienda siquiera lo que es prosa?

-¿Pues no tengo de saber, señor? Eso lo hace cualquiera.

-¿Sabrá usted quejarse amargamente y entablar una querella criminal contra el primero que se atreva a decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobresalientemente? ¿Sabrá usted decir de los periodistas que quién son ellos para... ?

-Vaya si sabré; precisamente ese es el tema nuestro de todos los días. Mande usted otra cosa.

Al llegar aquí no pude ya contener mi gozo por más tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado: "Venga usted acá, mancebo generoso -exclamé todo alborozado-; venga usted acá, flor y nata de la andante comiquería: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro, en que sólo comían los hombres

bellotas y pacían a su libertad por los bosques, sin la distinción del tuyo y del mío. Usted será cómico, en fin, o se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio."

Diciendo éstas y otras razones, despedí a mi candidato prometiéndole las más eficaces recomendaciones.

[Ésta fue la visita y éste el diálogo que, mutatis mutandis, es casi histórico. Éstas son las intenciones de todos los que por acá tratan de dedicarse al arte de Roscio en temporadas como ésta. Dígaseme si quien entra a pisar las tablas con semejantes ideas y principios puede salir jamás grande actor, como no sea por la fuerza de un atinado instinto privilegiado o pasando por un largo amarguísimo aprendizaje dé escarmientos y lecciones diarias que le dé el público. Aunque contados, tenemos buenos actores que no nombro, porque el público, que los distingue y aplaude continuamente, los conoce tan bien como yo; pero me atrevo a asegurar que han entrado con mejor pie en el templo de Talía, o que muchos desengaños les han hecho abrir los ojos para mirar de otra manera la profesión acaso más difícil y laboriosa que puede el hombre emprender. Mientras que la generalidad del público, y sobre todo los mismos que se dedican a la vida teatral, no tenga otras ideas más subidas de tan difícil arte; mientras los más de los actores no sean estudiosos; mientras no sepan; mientras no sean todos modelos de sociedad, ni veremos sino alguno que otro descollar entre la turba vulgar de malos cómicos que al que he descrito se asemejan desgraciadamente demasiado, ni cuenten ellos con la gloria y la consideración sobre todo a que sólo el mérito verdadero es acreedor, y que, bien a nuestro pesar, no podemos conceder en el día sino a un número bien reducido de actores y actrices españoles.]

Librodot